

también cierto desarrollo, á juzgar por el hecho de que á varios rinocerontes cautivos les gustaba mucho el azúcar y lo comían con el mayor placer. La voz se reduce á un sordo gruñido; el animal bufa ruidosamente cuando está furioso.

Es muy fácil irritar á este paquidermo, necesitándose poco para que su apatía se convierta en rabia. Según Raffles, el rinoceronte de Sumatra huye ante un perro; otros viajeros le han visto alejarse cuando ellos se acercaban; pero si está excitado no sucede así. Entonces no le contiene el número ni la fuerza de sus enemigos; cae sobre ellos en línea recta, sin reparar si el objeto de su cólera es un sér del todo inofensivo, ó si se halla al frente de adversarios numerosos y bien armados. El color rojo le es insoportable, y á veces se le ha visto lanzarse sin provocación alguna sobre personas que llevaban ropas de este tinte ú otros vistosos. Su furor traspasa todo límite; no solo se venga de aquel que le haya irritado, sino de todo lo que encuentra; derriba las estacadas y los árboles; y si no halla nada de esto, practica en la tierra un hoyo de mas de 2 metros de profundidad.

Felizmente, no es difícil escapar de un rinoceronte furioso: lo único que debe hacer el cazador es dejarle acercarse á la distancia de diez ó quince pasos, y dar entonces un salto de lado; el animal sigue adelante, ciego de rabia, pierde la pista, y se lanza en otra dirección, desahogando su cólera á veces en un sér inofensivo. Lichtenstein habla de un rinoceronte que se precipitó cierta noche con increíble violencia sobre un vehículo del que tiraba un buey; se lo llevó todo por delante y lo hizo pedazos. Para las caravanas es el rinoceronte el animal mas peligroso, porque aremete con frecuencia á los viajeros y da muerte á personas que ni siquiera pensaban en provocarle.

Los rinocerontes bicornios de Africa son particularmente muy temidos, pues se revuelven contra todo aquello que llama su atención. Con frecuencia se ve á uno de estos animales encarnizarse horas enteras contra un matorral, escarbar toda la tierra al rededor, hasta que arranca las raíces, y echarse luego allí sin acordarse de lo que hizo. El rinoceronte blanco de Africa es manso y menos ágil que su congénere; pues ni aun estando herido acomete á su contrario.

La gran irritabilidad de los rinocerontes oculta la verdadera expresión de su inteligencia y por esto es muy difícil apreciar exactamente sus facultades intelectuales. No me atrevo á contradecir á mi querido amigo Westerman, cuando declara que el rinoceronte es, entre todos los grandes multiungulados, el que tiene la inteligencia menos desarrollada; pero me permitirá recordar las grandes facultades del elefante, y el regular desarrollo de los tapires y de los cerdos, lo cual hace suponer que tampoco á los rinocerontes les falta la inteligencia. A decir verdad, son inferiores por tal concepto á los citados congéneres; pero también es cierto que aventajan en inteligencia á todos los demás roedores y quizás también á la mayor parte de los rumiantes. Cuando el elefante se irrita, olvida igualmente su prudencia, lo mismo que el cerdo y el ciervo; el astuto mono comete torpezas si se le provoca; y hasta el sabio hombre es muchas veces imprudente en su ira: no podemos por consiguiente juzgar de las facultades intelectuales del rinoceronte furioso. A pesar de todas las observaciones que se han hecho, conocemos aun demasiado poco al animal en su estado salvaje, y no es posible todavía juzgar con buen acierto; hasta ahora no se ha observado á este paquidermo; no se ha hecho mas que atacarle ó evitar su encuentro. Verdad es que la pequeñez del cráneo y del cerebro, que comparado con el cuerpo está en la proporción de 1 : 164, no indica gran desarrollo de las facultades intelectuales, y que su pereza justifica además, en apariencia al parecer, la suposición de que su inteligencia

tiene poco desarrollo; pero no sabemos si esta suposición es en realidad exacta. Los rinocerontes cautivos parecen ser poco inteligentes, pero siempre lo son mas que otros muchos animales de su clase, como, por ejemplo, todos los roedores. Reconocen con mayor facilidad que estos al guardian, acomódanse á las condiciones forzosas y se acostumbran á su nuevo género de vida; no es nada difícil conseguir que se familiaricen. Estos paquidermos darían sin duda mayores pruebas de inteligencia, si alguno quisiera tomarse el trabajo de cuidarse de ellos para desarrollar sus facultades, en vez de limitarse á darles el alimento diario, abandonándolos despues á sí mismos.

No tenemos detalles acerca de la reproducción de este paquidermo: solo se sabe que las especies de la India se aparean en noviembre y diciembre; la hembra pare en abril ó mayo, y por lo tanto dura la gestación diez y siete ó diez y ocho meses. Antes del apareamiento empéñanse entre los machos terribles luchas; Anderson presencié una entre cuatro individuos; mató dos y vió que estaban cubiertos de heridas, que les impedían hasta tomar alimento.

La hembra es unipara; pare en lo mas intrincado de una espesura: el hijuelo es un animal de formas pesadas, del tamaño de un perro grande; nace con los ojos abiertos; su piel es rojiza y sin pliegues; el cuerno está ya indicado.

Por una casualidad hemos recibido últimamente noticias sobre la vida de un rinoceronte pequeño en los primeros días de su existencia. El 7 de diciembre de 1872 llegó á Londres, según refiere Bartlett, el vapor *Orchis*, procedente de Singapur, con una hembra del *badak*. El animal habia sido capturado hacia siete meses, y según dijeron los cazadores, habíase apareado pocos antes. El día mismo de su llegada, á eso de las siete de la tarde, el guardian oyó con gran sorpresa un chillido débil que parecia salir de la jaula del rinoceronte: al examinar á la hembra, vió que habia dado á luz hacia pocos instantes un hijuelo, y que se ocupaba en cortar con los dientes el ombligo. El guardian extrañó mucho que la madre que hasta entonces habia estado furiosa, se mostrara dócil y tranquila, hasta el punto de permitirle, despues de haberla llamado, entrar en la jaula, ordeñarla y acercarse al pequeño á las mamas. Suponiendo que la madre necesitara descanso, el guardian salió de la jaula, cubriéndola cuidadosamente con lana; pero esto no agradaría al pequeño, pues al poco rato se paseaba sobre la cubierta del vapor, á pesar de la oscuridad y de la lluvia; pronto perdió, sin embargo, las fuerzas á consecuencia del frio y de la humedad, si bien no tardó en recobrar el uso de sus miembros, despues de frotarle fuertemente y envolverle en colchas de lana; padecía sobre todo mucho á causa del clima. Al llegar Bartlett al día siguiente á bordo del buque, la gente estaba ocupada en desembarcar los paquidermos, y para evitar que la madre hiciese daño al pequeño, se le separó. Pero apenas estuvo la jaula en el carro, la hembra se mostró tan inquieta que fué preciso darle otra vez su hijuelo. También el guardian entró en la jaula y permaneció en ella durante todo el trayecto desde los docks hasta las cuadras del propietario. Aquí pasó buen rato antes de que se descargara la madre y se la instalase en su vivienda; mientras tanto se puso al pequeño en el despacho del amo, donde costó mucho impedir que cometiera destrozos. Tan luego como la hembra estuvo alojada se le devolvió su hijo, que comenzó en seguida á mamar, y que despues de satisfecho, retiróse á un rincón para descansar, exactamente como lo hacen muchos rumiantes, que solo se ocultan junto á la madre mientras buscan la leche. Bartlett se admiró mucho de la docilidad de esta hembra. Antes de dar á luz su hijo, la madre habia intentado siempre atacar á su guardian y á todos cuantos se le acerca-

ban; mas ahora permitía al primero entrar en su alojamiento y ordeñarla, cual si fuese la vaca mas mansa; también dejaba á otras personas acercarse, aceptando sus caricias con la misma indiferencia que cualquier otro cuadrúpedo favorito del público en un jardín zoológico. Bartlett cree que dicha hembra se hallaba dominada por una especie de abatimiento ó por el cansancio; es también posible que por consideración á su hijuelo cambiara completamente de conducta, pues soportó incomodidades y malos tratamientos, á los cuales se resistía vigorosamente pocos días despues. Por su cuerpo raquítico, sus largas extremidades, sus costumbres, y sobre todo su voluminosa cabeza prolongada, el pequeño *badak* recordaba al asno joven ó á un cerdo medio muerto de hambre. El cuerno anterior tenia ya 0^m,02 de alto; el posterior, aun invisible, indicábase por una mancha desnuda; la

piel negra estaba revestida de pelos cortos, negros y rizados; las orejas muy peludas interior y exteriormente; la cola presentaba en su extremidad cerdas en forma de cepillo. Lo mas notable era la naturaleza de las pezuñas, que situadas debajo de la planta, obligaban al animal á apoyarse, cuando andaba, sobre la cara anterior ó exterior de dichas extremidades. La longitud del pequeño paquidermo era de 1 metro poco mas ó menos, por 0^m,60 de altura hasta la cruz; el peso de 25 kilogramos.

Desgraciadamente el animal no vivió mucho tiempo. Noll habla del mismo asunto, utilizándose de las noticias de Hagenbeck: según él, la madre cuidaba con mucho cariño de su hijuelo, dándole de mamar siete ú ocho veces al día y durante la noche tres ó cuatro; el pequeño vástago se conservaba muy bien y crecía visiblemente; pero el 10 de di-

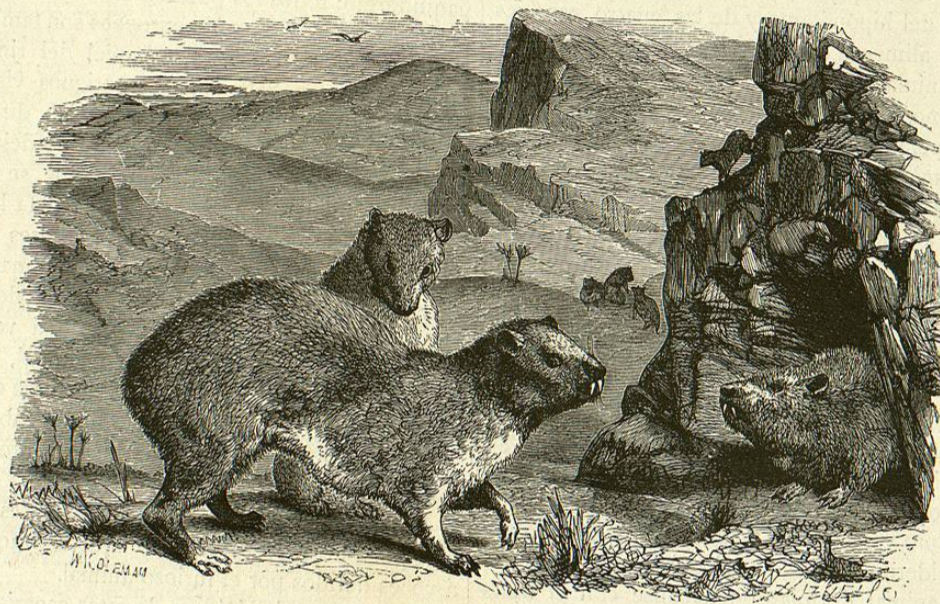


Fig. 293. —EL DAMAN DE ABISINIA

ciembre por la mañana le hallaron muerto en la jaula; probablemente la madre le habia sofocado. Cuando se retiró el cadáver, la hembra se puso furiosa.

También en estado libre la madre se manifiesta muy cariñosa con su hijo, y si algo le amenaza, defiéndele contra cualquier enemigo: le amamanta por espacio de dos años, en cuyo tiempo vela por él con tierna solicitud. Bontius cuenta que un europeo que viajaba á caballo, descubrió una hembra de rinoceronte con su pequeño, y apenas le hubo divisado el animal, internóse lentamente en el bosque. Como el hijuelo no quisiese avanzar, comenzó la madre á empujarle con su hocico, y entonces le ocurrió al hombre perseguirla y descargarle algunos sablazos por detrás. Era la piel demasiado gruesa para que el acero pudiese atravesarla, y los golpes no dejaban mas que algunas señales blanquizcas. La hembra lo soportó todo pacientemente hasta que tuvo á su hijuelo oculto en la espesura; pero volviéndose entonces de pronto y rechinando con furia los dientes, cayó como el rayo sobre su agresor, le rasgó una bota en mil pedazos á la primera embestida, y allí hubiera acabado su existencia, si el caballo no hubiera sido mas prudente que su jinete. El noble corcel se alejó con toda la ligereza posible; pero el rinoceronte le siguió, derribando y pisoteando cuanto le detenía, y cuando el caballo se reunió con los compañeros de su amo, cayó sobre ellos el feroz paquidermo, obligándoles á refugiarse detrás de dos árboles que estaban muy unidos. Ciego

de furor, el animal quiso pasar entre ellos, y redobló su cólera al ver que le oponían resistencia; los troncos retemblaban á los violentos golpes que descargaba el rinoceronte; pero resistieron lo bastante para que los viajeros pudiesen disparar algunos tiros contra su enemigo y matarle.

No se sabe cuánto tiempo permanece el hijuelo con la hembra ni cómo se lleva con el macho. El crecimiento es rápido en los primeros meses. Un rinoceronte pequeño, que al tercer día tenia unos 0^m,60 de alto por 1^m,16 de largo, aumentó en un mes 0^m,13 para la primera de estas dimensiones y 0^m,15 para la segunda, y otro tanto en circunferencia; á los trece meses media ya 1^m,20 de alto, 2 metros de largo y cerca de 2^m,10 de circunferencia. En los primeros meses presenta la piel un color rojo intenso; luego aparecen partes oscuras sobre fondo claro; hasta los catorce no hay señales de pliegues; pero desde esta edad se forman con tal rapidez, que al cabo de pocos meses no hay ya diferencia alguna entre los individuos viejos y los jóvenes. Hasta los diez y ocho años no tiene el animal una talla regular: á fuerza de ser aguzado, encórvase el cuerno hácia atrás; pero en algunos individuos, y particularmente en los cautivos, redúcese á un tronco corto. Los cuernos desprendidos completamente á consecuencia de un golpe, crecen de nuevo; en otros individuos los cuernos mutilados adquieren á veces, al recomponerse, una forma del todo irregular; y de aquí resulta que no se pueden crear especies, guiándose solo por dichos apéndices.

En la antigüedad circulaban muchas fábulas sobre las simpatías y antipatías de los rinocerontes. Decíase que el elefante era el más expuesto á sus ataques, y que sucumbía de ordinario en la lucha. Estas historias tienen ya en Plinio su origen, y algún viajero ha reproducido estos cuentos, que seguramente carecen de fundamento. Parece probable que un rinoceronte furioso pueda atacar también á un elefante; pero en tal caso, este último sabe sin duda defenderse y no presenta su cuerpo sin resistencia á los golpes de su adversario.

Pero con más fundamento se habla de la buena inteligencia que reina entre los rinocerontes y ciertos seres débiles.

Anderson, Gordon Cumming y otros, han hallado casi siempre á este animal en compañía de un pájaro, un ani (*buphaga*), que le acompaña todo el día y le sirve en cierto modo de centinela. «Este pájaro, dice Cumming, es el compañero inseparable del hipopótamo y de las cuatro especies de rinocerontes: se alimenta de los parásitos que cubren el cuerpo de dichos animales, y por eso está siempre cerca de ellos ó sobre su lomo. El bufaga, siempre vigilante, me ha hecho perder la esperanza de acercarme á un paquidermo, inutilizando todas mis tentativas para ello; los *anis* son los mejores amigos del rinoceronte, y raras veces dejan de despertarle cuando el animal duerme profundamente. El paquidermo comprende el aviso, levántase, mira á todos lados y huye. Con frecuencia he perseguido á un rinoceronte en un espacio de varias millas, y me ha sido necesaria más de una bala para matarle. Hasta en aquel caso permanecían los pájaros continuamente con su compañero; manteníanse sobre su lomo, y cuando silbaba una bala, remontábanse á unos 2 metros de altura, lanzando penetrantes gritos; pero volvían luego á posarse en el sitio acostumbrado. A veces les separaban de allí las ramas de los árboles junto á los cuales pasaba el rinoceronte, mas siempre volvían. He matado por la noche algunos de estos paquidermos cuando estaban bebiendo: los pájaros creían que el animal dormía; quedábanse con él hasta la mañana, y al acercarme yo, observaba que antes de emprender su vuelo hacían todo lo posible para despertar al que creían dormido.»

No tenemos motivo alguno para poner en duda la veracidad del relato, pues vemos numerosos ejemplos de amistades semejantes entre pájaros y mamíferos. Prescindiendo de esto, en el Habesch he tenido frecuentes ocasiones de observar al ani en los caballos y los bueyes. Todos estos animales agradecen mucho al pájaro sus buenos servicios, y el mamífero menos inteligente reconoce cuánto bien le hace al librarse de los insectos. No discutiré la cuestión de saber hasta qué punto es cierto que al acercarse el hombre pica el pájaro la oreja de su amigo para despertarle; pero creo más bien, que la inquietud que manifiesta al observar algo sospechoso basta para que el rinoceronte fije su atención. Sabido es, por otra parte, que otros animales prudentes se sirven de ciertos pájaros como de centinelas.

Exceptuando el hombre, el rinoceronte no tiene apenas enemigos: el león y el tigre no se atreven con él, porque saben que sus uñas no son bastante fuertes para desgarrar su gruesa coraza. El rey de las selvas derriba al toro de un manotazo, mas no al rinoceronte, que está acostumbrado á golpes más vigorosos cuando lucha con sus semejantes. Las hembras no permiten nunca al tigre ó al león acercarse á su hijuelo, porque comprenden que estos carnívoros podrían ser peligrosos para él. «Paseándome un día fuera de la ciudad, por la orilla del río, dice Bontius, hallé un rinoceronte pequeño, vivo aun, que lanzaba gemidos plañideros; tenía el anca mordida, y era indudable que le había acometido algún tigre.

»Lo que se cuenta de la amistad de este carnívoro y del rinoceronte me parece una fábula, pero cuando se encuentran y pasa uno al lado del otro, miranse de reojo, gruñen y rechinan los dientes, lo cual no indica seguramente buena inteligencia.»

Hay animales pequeños á los que teme el rinoceronte más que á los carnívoros grandes; los tábanos y las moscas son para él enemigos contra los cuales no encuentra defensa. Para evitar sus picaduras se revuelca en el cieno, y para mitigar el picor se frota contra los troncos hasta formarse en la piel úlceras y costras, en las que se fijan otros insectos. En el cieno hay también numerosos animales, sobre todo sanguijuelas, que le atormentan cruelmente; pero el pequeño pájaro de que hemos hecho mención, contribuye mucho á desembarazarle de los parásitos.

CAZA.—El hombre es el más temible enemigo de este paquidermo: todos los pueblos en cuyo territorio habita le persiguen con ardor, y los europeos son también apasionados por su caza. Se ha dicho que la piel del rinoceronte era impenetrable á una bala; pero los antiguos viajeros reconocieron ya que una flecha ó una lanza bien dirigida podía atravesar la densa cubierta. Esta cacería no deja de ser expuesta; para que el coloso caiga al primer golpe, se necesita tocar en buen sitio, pues si solo se le hiere, acepta la lucha, y puede ser entonces muy peligroso. Los cazadores indígenas procuran sorprenderle durante su sueño, y le matan á lanzadas, ó descargan sobre él sus carabinas á boca de jarro. Los abisinos le matan á flechazos, lanzando á veces cincuenta ó sesenta venablos contra un solo animal, y cuando este se debilita por la pérdida de sangre, acércase el más atrevido de los cazadores, y procura cortarle de un sablazo el tendón de Aquiles, á fin de paralizar sus movimientos é impedirle que resista.

En las Indias van montados en elefantes los cazadores que persiguen al rinoceronte; pero aquellos paquidermos quedan á veces heridos por el furioso animal.

Borri, que asistió á una de estas cacerías, dice que al aparecer el rinoceronte, lanzóse contra sus enemigos, sin arredrarse ante el número; mas como se hubiesen apartado á derecha é izquierda, siguió el paquidermo adelante, corriendo entre las dos filas; y así llegó al extremo de la línea, donde se hallaba el gobernador montado en un elefante. El rinoceronte se dirigió al momento contra él, procurando herirle de una cornada, mientras su enemigo se esforzaba por cogerle con la trompa; y en este intervalo aprovechó el gobernador un momento favorable para herir al furioso paquidermo de un balazo mortal.

Las especies africanas se cazan en campo abierto: el hombre se desliza entre las breñas y hace fuego á corta distancia; si yerra el tiro, lánzase el rinoceronte furioso en la dirección de donde partió y busca á su enemigo; apenas le ve ó le olfatea, baja la cabeza, cierra los ojos, y se precipita hácia adelante escarbando la tierra con su cuerno. Fácil es, sin embargo, detenerle: los cazadores hábiles han hecho frente durante horas enteras á un rinoceronte; daban un salto de lado apenas se acercaba; dejábanle pasar y le mataban después de haberle cansado así.

El viajero Anderson se ha visto á veces gravemente amenazado por rinocerontes heridos: uno de ellos se precipitó rabioso contra él y le derribó en tierra, aunque sin herirle con el cuerno; pero arrastróle con sus pies posteriores un buen trecho, y volviéndose luego de pronto, acometióle de nuevo y le hirió peligrosamente en una nalga. Por fortuna se contentó el animal con esto, y habiéndose internado en una espesura, pudo el cazador salvar la vida.

Oswell refirió al citado cazador: «Al volver de una cace-

ría al elefante, vi á corta distancia un rinoceronte blanco; montaba yo un excelente caballo, el mejor que jamás he poseído, y aunque no acostumbraba á cazar el rinoceronte sino á pié, porque es más fácil acercarse al animal de este modo, parecióme que por una vez podría probar fortuna á caballo. Volviéndome entonces hácia mis compañeros, les grité: «Amigos míos; este animal tiene un magnífico cuerno, y por lo mismo quiero matarle.» Así diciendo, piqué espuelas á mi corcel, y apenas estuvo cerca del rinoceronte, le introduje una bala en el cuerpo, aunque sin herirle mortalmente. En vez de huir, como suelen hacerlo sus semejantes, permaneció el paquidermo inmóvil, con gran asombro mio; volviése luego de pronto, y después de mirarme un momento, avanzó lentamente hácia mí. Yo no pensaba en huir, y cuando quise al fin alejar á mi caballo, el cuadrúpedo, que siempre había sido dócil y obediente á la primera insinuación, rehusó entonces moverse; cuando lo hizo ya era tarde. El rinoceronte estaba demasiado cerca; no había medio de evitar la lucha; le vi bajar la cabeza y levantarla luego bruscamente, hundiendo su cuerno entre las costillas de mi caballo con tal violencia, que traspasó el cuerpo y la silla, y sentí penetrar la acerada punta en mi pierna. La fuerza del golpe fué tal, que el caballo dió una verdadera voltereta con las piernas al aire y cayó de espaldas, y yo fui lanzado á tierra violentamente. Apenas hube caído, vi cerca de mí el terrible cuerno del animal; pero su furor parecía haberse calmado, y se alejó á galope corto del campo de batalla. Entre tanto llegaron mis amigos; corrí á uno de ellos, salté sobre su caballo, y sin sombrero, y con el rostro ensangrentado, lancéme furioso en persecución del animal: á los pocos momentos tuve el gusto de verle tendido á mis piés.»

Gordon Cumming refiere también que un rinoceronte blanco, al que se considera por lo general como muy manso, se revolvió bruscamente contra el cazador que le perseguía. Añade que uno negro le acometió sin excitación alguna, siguiéndole largo rato al rededor de un matarral. «Si hubiera sido el animal, dice, tan ligero como feo, ya habría acabado yo de viajar; pero mi agilidad me valió, pues á los pocos momentos de perseguirme lanzó un mugido y abandonó el terreno.»

Levaillant hace una descripción muy curiosa de una caza al rinoceronte bicornio. «Habíanse observado dos de estos animales, que juntos en un bosque de mimosas husmeaban sin cesar, volviendo de vez en cuando la cabeza hácia atrás para olfatear. Un indígena pidió permiso para acercarse sin ruido á los paquidermos; los otros cazadores se situaron en su puesto, y un hotentote se encargó de guardar los perros. El indígena, después de desnudarse y con la escopeta al hombro, acercóse lentamente más y más á los rinocerontes, arrastrándose como una serpiente; cuando estos volvían la cabeza, deteníase al punto y entonces parecía enteramente un fragmento de roca. Esto duró casi una hora, hasta que el indígena llegó por fin á un arbusto situado á unos 200 pasos de los animales; entonces se levantó, y mirando á su alrededor para ver si todos sus compañeros estaban en sus puestos, hizo fuego: la bala hirió al macho, que lanzando un grito terrible se dirigió con la hembra hácia el cazador. Este se echó al suelo y mantúvose inmóvil, mientras los paquidermos, pasando junto á él, precipitábanse sobre los demás hombres. Entonces se soltaron los perros, y por todas partes descargáronse las carabinas contra los colosos, que defendiéndose furiosamente de los perros y lanzando la tierra en todas direcciones, abrieron con sus cuernos surcos profundos en el suelo. Los cazadores avanzaron, cuando más se acrecentaba la furia de aquellos animales, que ofrecían un aspecto verdaderamente horrible. En el mismo instante el macho

hizo frente á los perros y la hembra huyó, con gran alegría de los cazadores, á quienes no agradaba la lucha contra los dos monstruos á la vez. El macho retrocedió al fin y dirigióse á un bosque donde se hallaban tres cazadores, los cuales le hicieron una descarga mortal á la distancia de treinta pasos. A pesar de sus heridas el animal se revolcó aun con tanta fuerza que las piedras volaban por todos lados; de modo que ni perros ni hombres osaron acercarse. Levaillant, lleno de compasión, quiso rematar al animal, pero los indígenas le detuvieron, porque aprecian mucho la sangre; después de secarla empléanla como remedio contra muchas enfermedades, sobre todo contra indigestiones. Cuando el paquidermo hubo muerto al fin, acudieron rápidamente para extraerle la vejiga, y llenáronla de sangre.»

Todas las noticias que tenemos acerca de los encuentros con rinocerontes y sobre su modo de proceder durante la cacería, son muy análogas á la anterior. Unas veces huyen tímidamente al acercarse el hombre, y otras se defienden con valor; tan pronto persiguen al cazador como se dejan perseguir por él. Allí donde han sido inquietados repetidas veces no esperan siquiera el ataque del hombre, sino que acometen desde luego; en las regiones donde su enemigo es para ellos un ser desconocido, permitenle aproximarse, ó le miran con asombro desde alguna distancia; pero si se les acosa de cerca é irrita, defiéndense con un valor increíble. Por regla general son animales intrépidos é infatigables, que una vez provocados, no se retiran fácilmente sin luchar, y esto con una tenacidad que solo acaba con la muerte.

Más difícil es apoderarse de los rinocerontes vivos que cazarlos. El wara es perseguido principalmente, según Hasskarl, á causa de su cuerno, el cual tiene en la China un precio de 55 á 65 francos. Para apoderarse de él, ábranse en sus senderos estrechas zanjas en cuyo fondo se colocan estacas puntiagudas para que los animales se traspasen al caer. Estas zanjas se cubren cuidadosamente por encima con ramaje. El rinoceronte pasa como de costumbre por su camino y cae en la trampa, donde, si no le hieren en seguida las agudas estacas, queda por lo menos sujeto en su prisión. Se da muerte á los adultos en seguida porque no sería posible trasportarlos; los pequeños, por el contrario, se cogen vivos para venderlos en las regiones pobladas. Para apoderarse de los pequeños rinocerontes bicornios que actualmente se ven en el mercado europeo, los indígenas de Africa emprenden cacerías durante el período de la reproducción; buscan la hembra con su hijuelo, matan á la primera y apodéranse después sin dificultad de los segundos. A veces ayuda la casualidad, como por ejemplo cuando se cogió el primer *kaleiote*, hecho sobre el cual nos da algunas noticias un periódico de Calcuta.

Algunos oficiales que se ocupaban en la costa septentrional del golfo de Bengala en buscar elefantes para el ejército inglés, recibieron de los indígenas la noticia de que un rinoceronte, habiendo penetrado en la arena movediza de la cual no pudo salir, fué atado con cuerdas por más de 200 hombres, que después le arrastraron á tierra firme; una vez aquí habíanle agarrado entre dos árboles, donde aun se hallaba, sin que nadie se atreviera á soltarle. Apenas sabidos estos detalles, el capitán Hood y un tal Wickes, amigo suyo, se pusieron en marcha con ocho elefantes para buscar el rinoceronte, que estaba en un paraje situado á diez y seis horas de camino. Al llegar vieron una hembra de 2^m, 60 de longitud por 1^m, 30 de altura hasta la cruz, y cuyos cuernos tenían aun poco desarrollo. Sujeto el animal con cuerdas en medio de los elefantes, condujéronle con mucho trabajo, y acompañados de una numerosa multitud, á Tchittagong, donde se le encerró en una cerca y fué domesticado poco á poco. Algu-